

JULIO BORRELL



UNA BODA PRINCIPAL

LIBRERIA ALFONSO
CALLE DE LA PLAZA, 10
MADRID

de la familia, se comprometía a revivir existencia tan preciosa. El deudo, sorprendido por tan extraña pretensión, limitóse, por toda respuesta, á echar al médico con cajas destempladas.

Ya en la calle, dióse Juan Manuel un golpe en la frente, y pensó por vía de consuelo:
—¡Bruto de mí; cómo ha de admitir mis servicios, si es el yerno del difunto!

A los pocos días, supo por el mismo pregón de los periódicos, el fallecimiento de un joven riquísimo, dejando una esposa, bella é inconsolable; y en presencia de la triste vióse sin pérdida de un instante, propo-

niéndole el milagro en las condiciones sabidas. Vaciló la viuda, y dispuesta se hallaba á volver á su perdido estado, cuando la visita de un amigo íntimo del difunto, que fué á darle el pésame y á decirle de paso lo admirablemente que le sentaban las tocas de la viudez, hizo á la esposa desistir de su piadoso empeño.

—Mujeres, mujeres,— decía nuestro héroe, escaleras abajo.— Fie usted en sus lloros y en sus lamentaciones.

Y á todo esto, iban tan en baja sus ahorros, que la vida se presentaba á sus ojos con los negros caracteres de un problema insoluble; y obligado por la necesidad multiplicó su ardor y celo; y, en competencia con los agentes de las funerarias, no hubo muerto de algún viso en el que no tratase de verificar la milagrosa resurrección; y vióse con hijos tristes, con hermanos condolidos, con esposas desoladas, con viudos locos de dolor... y todos rechazaron la proposición de Juan Manuel, sin que hubiera uno que, por curiosidad tan sólo, quisiera probar en su deudo los efectos del estupendo legado.

Pasaron los meses, y tantos fueron los desengaños sufridos por el pobre médico, y á tan lastimosa situación condójele la falta absoluta de medios de subsistencia, que seguro de morir de hambre, quiso cuando menos gozar él mismo de los beneficios del milagro, y encerrando el sobre dentro de un pliego, y escritas en éste las instrucciones necesarias para asegurar el éxito, dejóse morir con la tranquilidad que le proporcionaba la certeza de la resurrección.

Y, efectivamente, murió. Sobre un banco del paseo de Recoletos, fué descubierto su cadáver; circularon órdenes; presentóse el juzgado, y al registrar el alguacil los bolsillos del muerto, topó con el pliego milagroso; entrególo al juez; enteróse éste del contenido, y dijo al actuario:

—El muerto recomienda que sin perder instante, se le aplique el contenido de este sobre.

Y rompiendo los lacres que guardaban el valioso talismán, cuidadosamente conservado por los abades del Monasterio, extrajo un pequeño y amarillento pergamino, en el que, con menudos caracteres, hallábase escrita la siguiente sentencia:

«Nadie es digno de nueva vida.»

¡Pobre Juan Manuel, víctima inocente de una bromita del seráfico varón muerto en olor de santidad á mediados del siglo xiv!

M. TURMO



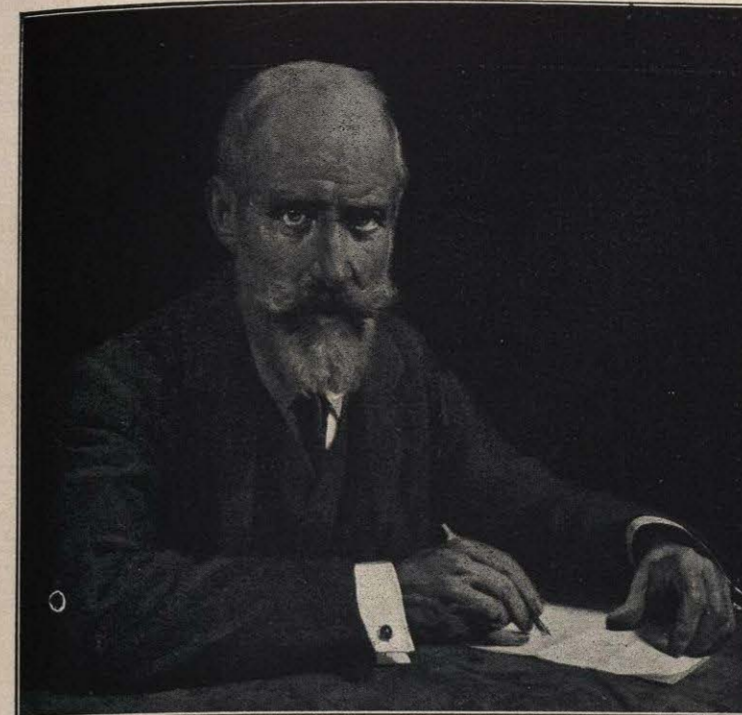
¡BUENAS PERDICES! — Cuadro de PEDRO BORRELL.

LOS PATINADORES

PARA los holgazanes, que en los grandes centros de población abundan que es una bendición de Dios, un día de nevada supone un día de huelga de precepto. Las escuelas quedan punto menos que desiertas, pues la alegre tropa estudiantil sacude aquel día el yugo de la severa disciplina escolar y hace fiesta en honor de uno de los más atractivos y vistosos fenómenos de la Naturaleza. Aquella mañana, desafiando valerosamente los rigores de una temperatura muy propia del polo norte, fué mucha la gente desocupada que acudió al Retiro, tanto por admirar el maravilloso golpe de vista que ofrecía aquel paisaje, totalmente nevado,

cuanto por presenciar gratis la grotesca sesión de patines que daban á la intemperie unos cuantos *golfos* desarrapados, pertenecientes á lo más selecto del hampa madrileña y huéspedes nocturnos de los hornillos municipales ó de las bienhechoras garitas del regio alcázar.

Los patinadores habían elegido, como lugar más público y apropiado para su diversión, el estanque grande del Retiro, cuyas aguas hallábanse totalmente heladas; y á allí, á sus anchas, sin comprender el tremendo riesgo que corrían, dedicábanse á tan peligroso *sport*, en el cual hacían verdaderos prodigios de habilidad y destreza. La numerosa concurrencia



RETRATO; por RAMÓN BORRELL.

que presenciaba el espectáculo, aplaudió en diversas ocasiones los temerarios ejercicios de aquellos rapazuelos, á quienes el aplauso público estimulaba á entregarse á ellos con entusiasmo cada vez mayor.

El final de la sesión se aproximaba, sin que ningún incidente desagradable hubiese turbado la alegría general; los patinadores continuaban cosechando palmas; el público, del cual formaban parte individuos de todas las clases sociales, seguía con creciente interés las peripecias de la fiesta, celebrando con francas y ruidosas carcajadas las caídas que de vez en cuando daban aquéllos, sin más consecuencias que el natural porrazo y la consiguiente rechifla.

Pero, cuando era mayor el entusiasmo de unos y otros, cuando la animación llegaba á su período álgido, la multitud exhaló un grito de horror. Parte del hielo cedió al peso de los patinadores, y tres de éstos desaparecieron en el fondo del estanque.

Tan inmensa fué la estupefacción que el inesperado suceso causó en el público, que por el momento nadie pensó en acudir en socorro de aquellos desventurados, cuya muerte era segura... De pronto, un joven estudiante que, embozado hasta los ojos en su airosa capa, presenciaba el espectáculo, destacóse del apiñado grupo de curiosos, de que formaba parte, y despojándose precipitadamente de sus ropas, que dejó allí abandonadas, traspuso la barandilla de hierro que limita el estanque, y sin estímulos de ninguna clase, sin esperanza de ulterior recompensa, y guiado sólo por sus nobilísimos sentimientos, haciendo los más arriesgados y sorprendentes equilibrios para no rodar por aquella resbaladiza capa de hielo, llegó hasta el centro del estanque donde había ocurrido la catástrofe y, sin medir la inmensidad del riesgo á que se lanzaba, arrojóse al agua, desapareciendo de la vista de la atónita multitud que era testigo de aquella escena, por el mismo agujero por donde momentos antes se habían hundido los *golillos*. La ansiedad del público creció por momentos; las mujeres lloraban, lamentando todos la infausta suerte de aquellos desdichados y la de su generoso salvador. Todos los ojos hallá-



PORTÉ (CERDEÑA FRANCESA); por RAMÓN BORRELL.

banse fijos, clavados en el agujero por donde habían desaparecido cuatro seres, tal vez impulsados por los misteriosos arcanos del destino, que acaso estarían luchando con el valor que presta la desesperación, para escapar de una muerte segura, inevitable.

Un momento después la decoración había cambiado por completo, y á la profunda impresión que produjera aquella desgracia, sucedieron las más estruendosas manifestaciones de regocijo. El joven estudiante, tras titánicos esfuerzos, logró salvar á los tres patinadores, los cuales fueron apareciendo sucesivamente sobre la helada superficie del estanque, sin otra consecuencia que el susto y el remojón consiguientes. La multitud aclamó con frenético entusiasmo al valeroso cuanto desinteresado héroe de aquella jornada, que, con una modestia sin precedentes, procuraba substraerse á tales testimonios de admiración, pensando solamente en secarse y vestirse, cosa muy razonable, pues sería inútil decir que el pobre muchacho estaba calado hasta los huesos.

Cuando llegó al sitio donde había dejado su ropa, ¡oh, sorpresa! su ropa ya no estaba allí. ¡Se la habían robado!

MANUEL SORIANO



ESTUDIO; por RAMÓN BORRELL.

EL SOL

AHMED había corrido durante diez horas bajo el sol de Palestina, y no llegaba al término de su viaje, pero sí de sus fuerzas.

Y el sol, el sol despiadado brillaba aún en el horizonte cegando los ojos, abrasando la carne, produciendo una sed y un calor intolerables.

Ahmed cayó del caballo y quedó tendido sobre la candente arena, maldiciendo del sol, que de aquel modo le postraba.

Durmió al cabo y soñó.

Soñó que llegaba á una ciudad, entrada ya la noche, se acostaba, dormía.

Y que al despertar aún era de noche, y que pasaban horas y más horas y no amanecía.

Mugían los bueyes, relinchaban los caballos, aullaban de espanto los perros; rezaban las gentes.

Pero la luz de la aurora no brillaba, y un frío mortal se extendía por la tierra y caía del sudario de tinieblas que la envolvían.

Cesó todo trabajo, el hambre martirizaba á todos los seres vivientes y aumentaba el frío, un frío irresistible.

Y la tristeza y la muerte se enseñorearon de la tierra y Ahmed estaba á punto de morir... cuando despertó.

El sol apuntaba por el horizonte opuesto inundando la tierra de luz y de calor.

Ahmed cayó de rodillas, y como los parias, adoró el sol.
